

## «THE TRADE OF PEDIR POR DIOS». COSTUMBRES Y TRADICIONES EN EXTREMADURA. LA VISIÓN DE LOS VIAJEROS INGLESES.

M.<sup>a</sup> Teresa Corchado Pascasio  
Universidad de Extremadura

*El interés que España y lo español han despertado a lo largo de la historia posee ya una vieja tradición, y constituye una página valiosa de las letras inglesas. Desde los comienzos del siglo XVI, España es la meta ilusionada de muchos escritores y eruditos procedentes de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda; y el siglo XIX, sobre todo en los momentos álgidos del movimiento romántico en Europa, supone cualitativamente el clímax de la preferencia de los visitantes extranjeros por nuestro país. Es cierto que estos viajeros -y de modo muy especial los que proceden de Gran Bretaña, a causa de las ancestrales malas relaciones entre su país y España, llegan muy a menudo cargados de prejuicios. Van desde los que pretenden hallar y revivir en tierras españolas ese espíritu de la gran literatura picaresca, tan traducida a lenguas como el inglés y de influencia tan importante en su propia literatura; hasta los que siguen aferrados a esas secuelas de las guerras de religión, y que no ven en prácticas muy entrañables para los españoles sino paganismo religioso fruto del oscurantismo católico medieval.*

*Son muchos y de origen muy diverso los visitantes que han quedado prendados de nuestro país desde el inicio de la modernidad. Pero tal vez sean los viajeros británicos los que nos han dejado más obras de este subgénero literario y también los más memorables. Su decidida vocación viajera es casi proverbial. Si en los siglos XVI y XVII suele predominar la aventura ultramarina que protagonizan en la mayor parte de los casos hombres procedentes de las clases bajas, en el siglo XVIII se consagra una modalidad nueva del viaje al extranjero, en el que la aristocracia es el protagonista. Este viaje, que a partir de entonces se denominará el «Gran Tour» se convierte en ejercicio obligado para la educación y la formación de los hijos de las clases más altas. Francia, Italia, Alemania y Suiza son los países favoritos para este periplo. Son países más próximos, en todos los sentidos, a Gran Bretaña. España y Portugal no figurarán en esa ruta hasta el siglo XIX, momento en que confluyen varios factores que contribuyen a poner de moda la Península Ibérica, y de modo muy especial en las Islas Británicas.*

Estos viajeros sienten una clara preferencia, como cabría esperar, por aquellos lugares que gozaban de mayor reputación en sus respectivos países. Regiones como Andalucía y ciudades como Madrid o Barcelona suelen acaparar una dosis alta de atención en las páginas de estos escritores. Por eso puede resultar paradójico, a primera vista, que regiones como Extremadura, cuyos pueblos y ciudades están prácticamente aislados del resto de España y, según muchos de estos viajeros apenas eran conocidos en los demás países de Europa, sea, sin embargo, etapa obligada en el peregrinaje de muchos de ellos, sobre todo los que llegaban de Gran Bretaña. No obstante, la paradoja se diluye si tenemos en cuenta el hecho de que gran parte de los viajeros británicos entraban en la Península Ibérica por Portugal, país que, como se sabe, mantiene muy buenas relaciones políticas y económicas con Gran Bretaña desde hace varios siglos. Como es lógico, en la ruta hacia Madrid, la parada en lugares como Badajoz, Cáceres, Trujillo o Miajadas, por citar sólo las ciudades más importantes, resultaba casi obligada.

Desde los comienzos del siglo XVI, España es la meta ilusionada de muchos escritores y eruditos procedentes de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda. Es cierto que estos viajeros -y de modo muy especial los que proceden de Gran Bretaña, a causa de las ancestrales malas relaciones entre su país y España, llegan muy a menudo cargados de prejuicios; pero, si sabemos leer entre líneas y separar las impresiones genuinas de las que son solamente fruto de intereses nacionales o ideologías concretas, podemos descubrir en sus escritos testimonios valiosos, ya que son testigos de excepción de la manera de ser y el modo de vida de los españoles en épocas pasadas. Los prejuicios son de signo y color muy variados. Van desde los que pretenden hallar y revivir en tierras españolas ese espíritu de la gran literatura picaresca, tan traducida a lenguas como el inglés y de influencia tan importante en su propia literatura; hasta los que siguen aferrados a esas secuelas de las guerras de religión, y que no ven en prácticas muy entrañables para los españoles sino paganismo religioso fruto del oscurantismo católico medieval.

*A Journey from London to Genoa through Portugal, Spain and France*, de Joseph Baretti es un ejemplo de esa rica literatura documental llena de sabrosas anécdotas y juicios curiosos sobre la vida y las costumbres españolas en el siglo XVIII.

Baretti llega a España en 1760 y, a pesar de que este escritor inicia su viaje, como señala Ian Robertson en la Introducción al libro, sabiendo lo que ya le había dicho Samuel Johnson, «no country is less known to the rest of Europe» (ix), la verdad de esta afirmación no le parece tan evidente hasta que no se encuentra en tierras españolas.

Muy en consonancia con el espíritu ilustrado del siglo XVIII, lo que más atrae su atención al pisar tierras extremeñas no es la belleza de sus paisajes, ni las costumbres de sus gentes. Lo

que despierta su interés con mayor vehemencia es el retraso que observa por doquier. En la segunda carta fechada en Extremadura, concretamente en el pueblo de Talaverola (Talavera la Real), nos narra una anécdota bastante elocuente en este sentido. Baretti descubre que los niños del pueblo, e incluso muchos adultos, no saben lo que es un reloj ni cómo funciona, y comprueba la alegría que su demostración causa a aquellas gentes. En su ingenuidad los niños llegan a preguntarle si el maravilloso artilugio habla. Al contrastar el efecto que sus explicaciones producen en los habitantes del pueblo, Baretti expresa su complacencia con una mezcla de humor y de ese paternalismo que suele acompañar a quien es consciente de pertenecer a una sociedad más avanzada:

**Quien hubiera pensado alguna vez que llevaba conmigo los medios para hacerles tan felices. Y muchos de los hombres y mujeres que acudían al bullicio de los niños me tomaron por el más respetable de los hidalgos por el simple hecho de llevar un reloj (267-8).**

Le sorprende la indigencia con que se topa a su alrededor. Los extremeños, según Baretti, «Comen poco, se visten con harapos y viven miserablemente. Es verdad que les basta con poco para mantener cuerpo y alma juntos, porque en verdad son la gente más moderada sobre la faz de la tierra» (295). La austeridad es «tan recia debido a su dura forma de vivir que pueden acostarse en el frío suelo en invierno y a pleno aire libre en verano sin problemas. Ciertamente disfrutaban de una especie de felicidad llevando este tipo de vida (295).

Pero lo que más le exaspera es la mendicidad o, como él la llama, «the trade of pedir por Dios»:

**Tan pronto llegas a algún lugar en Extremadura se te acerca un mendigo con un cepillo, arrastrándose con mucha dificultad para pedirte una limosnita por las almas. El número de aquellos que no tienen otro oficio que el de pedir por Dios es demasiado elevado en esta región ya que creen que no sólo es meritorio sino conveniente. Sin embargo, en vez de atormentar a los vivos por el descanso de los muertos deberían hacer más por ellos mismos (297).**

Sin embargo, y a pesar del desagrado que le produce tanta mendicidad, resulta curioso que Baretti también contribuya a ella. En Miajadas, buscando la Posada de Tía Morena, se encuentra a un grupo de niños que le piden un cuartillo mientras le tiran del abrigo, le cogen de la mano o del brazo y le llaman caballero. El viajero, que se siente muy orgulloso, empieza un juego: «¿Quién eres tú? Soy Phelipito, Señor. Bien: Phelipito, salta y grita Biva el Rey», ¿Quién eres tú? Soy Teresita, soy Pepito, soy Antonieto». Todos saltaron, todos gritaron Biva el Rey y todos tuvieron su cuartillo (p. 279). Acaba su anécdota diciendo «Les despedí

exhortándoles para que fueran buenos chicos y chicas y la fiesta se acabó con gritos al Caballero. Todos se fueron más encantados con el modo de hacerlo que con el regalo en sí» (p281).

En Miajadas también, la muerte de dos hijos de la dueña de la posada donde se aloja a causa de la viruela –enfermedad ya por entonces combatida eficazmente en otros países europeos-, le inspira un amargo comentario en el que denuncia el retraso de nuestra región:

¡Pobre Posadera! Ojalá sus hijos hubieran sido vacunados como en Inglaterra. Pero en esa parte del mundo las vacunas no sólo no se utilizan sino que ni siquiera se conocen. Es asombroso lo lento que es la puesta en marcha de nuevas técnicas, aunque sean muy útiles (284).

En su camino hacia Navalmoral, cerca de Almaraz, se para en una posada para descansar y por supuesto degustar el vino que sus caleseros le han recomendado muy efusivamente. Le sorprende que los frailes del convento de los dominicos no sólo sean los propietarios de la posada sino que además sean los que atienden a los clientes: **«Si hubiera visto frailes en Italia regentando una posada con hermosas muchachas como sirvientes, me pregunto si tendría la buena opinión que tengo de su observancia de los votos. Llevemos el hábito que llevemos, todos somos frágiles, y se requiere mucha santidad para resistir tales tentaciones» (301).**

En Navalmoral se acerca a ver la iglesia y hace referencia a la costumbre que tienen las viudas de rezar en la iglesia por las almas de sus esposos, con velas y cubiertas con velos negros:

No sé si el número de velas indica el número de maridos. Algunas tienen una, dos, tres y hasta siete. Tal vez sólo indican su mayor o menor grado de devoción o afecto (302).

En su viaje por Extremadura, Baretti comprueba el poco cuidado que se tiene en esta región con los caminos y acaba con un comentario muy pertinente:

**Sujeto a tales accidentes están aquellos que viajan en carruajes por estas regiones desoladas, por donde muy poca gente viaja porque los caminos son malos y los caminos son malos porque muy poca gente viaja (287).**

Richard Ford visita Extremadura setenta años después de Joseph Baretti pero las circunstancias sociales y económicas y el mismo paisaje urbano, apenas han cambiado. Y así lo plasma en su libro *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*. Los Extremeños,

según él **'viven en esta provincia aislados, como los murcianos, con poca intercomunicación con el resto de la humanidad'** (771). Para él en Extremadura se pueden observar con dolor cuáles son los obstáculos morales y materiales para el desarrollo de España: la ignorancia, la indolencia y la inseguridad (tememos cualquier cambio porque estamos seguros de que es para peor) junto con la pobreza y una ausencia total de pequeños propietarios de la tierra (771).

El escritor viajero se topa con los pastores de la trashumancia por doquier, a los que identifica con el extremeño típico. El error es doble, pues ni todos, ni siquiera la mayoría de los extremeños eran pastores, ni los pastores trashumantes provenían necesariamente de Extremadura. Este desconocimiento de la realidad le lleva a hacer una descripción de los pastores bastante desafortunada:

Estos pastores nunca viven en ciudades, raramente se casan y de este modo no pueden contribuir al incremento de la población tan necesario. Cuando no están dormidos o comiendo, permanecen de pie, inmóviles y alelados como sus rebaños (775).

Aunque parece que Ford se fija más en nuestras costumbres de lo que hiciera Baretto, pues habla de las fechas de la matanza, del cuidado que se tienen con los cerdos, ya que son animales valiosos para la economía de cualquier familia, no puede evitar a veces frases y calificativos frecuentes que delatan en él una actitud despectiva, no exenta de cierta dosis de racismo primitivo:

El hombre extremeño es de hecho una formación secundaria, creado para atender las pjaras de cerdos que disfrutaban de la en otro tiempo vida feliz de los dignatarios de la catedral del Toledo, con la ventaja de ser más valiosos cuando están muertos (776).

Ford recorre toda Extremadura y visita no sólo las grandes ciudades de la época sino lo que entonces no eran más que pequeños pueblos o villas. La valoración global que hace de nuestras dos provincias no puede ser más negativa. Abundan frases del tipo **'las ciudades son pocas y pobres'**. Llama la atención la descripción que hace de Cáceres y más si se tiene en cuenta que Ford no la visitó, sino que recogió las observaciones de conocidos. De la ciudad dice que: **'es la residencia de insignificantes autoridades y de muchos propietarios provinciales, hidalgos y hacendados, que engordan y se hacen ricos guardando y vendiendo su famoso tocino'** (815). De Badajoz destaca el derruido castillo morisco, el soberbio puente de granito acabado en 1596, pero al mismo tiempo dice que es una ciudad aburrida, con un

teatro de segunda fila y con pocos entretenimientos. En la catedral de Badajoz, le llama la atención el martillo con el que se golpeaba la piedra de mármol cuando un canónigo se estaba muriendo. En estas ocasiones, los antiguos golpeaban pucheros para ahuyentar los malos espíritus del mismo modo que ahora las campanas se tañen para asustar al demonio (783). Considera Mérida una ciudad única en España, extrañamente olvidada por artistas, arquitectos y escritores británicos, pero también dice que todos sus monumentos no tienen nada que ver con los emeritenses actuales, que no les prestan ninguna atención. Trujillo y Plasencia desde la lejanía resultan impresionantes. Estas observaciones desaparecen en el caso de Trujillo convirtiéndose en una ciudad pobre, y triste, **'por doquiera que a Trujillo entres, andarás una legua de berrocales'** (800). Los mayores halagos parecen ser para Plasencia donde el río, las rocas y las montañas se combinan con la ciudad, el castillo y el acueducto para encantar al artista bajo un cielo del color del mar.

Ford visita el Monasterio de Yuste. Lo describe con sumo detalle y relata el retiro del emperador Carlos V. Tiene la suerte de que los monjes le admitan no sólo a cenar con ellos sino también a alojarse en la misma habitación donde murió en emperador: **'Todo estuvo pronto en silencio, y el espíritu del poderoso muerto reinó de nuevo en su última morada; pero ningún Carlos disturbó el sueño profundo de un cansado e insignificante extranjero'** (827).

No podían faltar en su libro las alusiones a la mala calidad de las posadas y al pésimo estado de los caminos y las carreteras. Ford, y otros muchos viajeros por tierras extremeñas, siguen idénticas rutas y se alojan en las mismas posadas; y, desgraciadamente, la calidad de éstas no mejora con el paso de las décadas. Refiriéndose a los mesones dice de un modo general que son 'simples establos para bestias' (772). En Guadalupe dice que las posadas son inicuas, pero que los muleteros pueden siempre encontrar alojamiento en alguna casa privada en la plaza donde el viajero puede alojarse bien (802). En Trujillo, sin embargo, hay una posada muy decente y limpia, regentada por una viuda (797). Para él, las carreteras han sido construidas pensando más en los rebaños que en las personas. Eso sí, resultan muy seguras pues, como dice el escritor, 'donde no hay viajeros sino rebaños, porqué debería haber ladrones?' (779).

Le llama la atención las extensas tierras extremeñas llenas de encinas y alcornoques, donde crecen salvajemente el romero, la jara y el tomillo. Tierras llenas de ovejas y cerdos y cuya imagen campestre parece no tener ningún interés, según él, para los extremeños, quienes únicamente piensan en cuántos cerdos pueden engordar con bellotas (776). Pero eso sí, los jamones de Montanchez son en su opinión soberbios, y dejarían perplejos al mismo Paris (814).

A pesar de sus críticas, es capaz en ocasiones de alabar pequeños detalles. Así, en Pasarón, por ejemplo, es capaz de adivinar auténtico ballet en el simple y grácil caminar de unas jóvenes campesinas que, ataviadas con el traje típico, entonan sus cantos:

Estas pequeñas criaturas, sin saberlo, estaban interpretando un ballet con sus gestos y sus trajes.: que alegres sus sayas cortas en rojo, verde y amarillo: que primitivo el lazo en su pecho, que gracioso el pañuelo en sus cabezas (823).

En Alcántara destaca el puente, que considera el puente de todos los puentes, en Coria, la catedral, en Logrosán las minas de fosforita y antes de adentrarse en las Batuecas visita la Tierra de las Hurdes, cuyo nombre, dice, deriva según algunos de Gurdus, una vieja palabra española que, según Séneca significaba 'estúpido'. Bien es verdad que Ford añade que tanto si su etimología es correcta o no, muchas ciudades en el centro de España deberían recibir este calificativo (830).

Son muchos los escritores que viajaron a España, y muchos que los hicieron a Extremadura; y también son muchas y variadas sus impresiones. Para Borrow, por ejemplo, los años que pasó en España fueron los más felices de su vida. Para el Capitán Cook, sin embargo, su paso por Extremadura no le dejó ninguna huella, ya que la consideraba una región sin ningún interés, aunque fue capaz de destacar los monumentos de Mérida y las magníficas vistas de las Sierras de Gata y de Gredos. Cuando Robert Southey cruzó la frontera por Badajoz hacia Portugal exclamó que por fin había escapado de España. Semple, sin embargo, que hizo el viaje al contrario, cuando entró en Badajoz dijo que 'por su mercado y por sus calles el extranjero pronto descubre que se encuentra con otra gente', 'los rasgos, la manera de vestir, la lengua y los modales, todo anuncia una raza distinta'. Josiah Conder también recorre nuestra región. Ciudades como Badajoz, Mérida, Zafra, con las ruinas de un convento destruido por los franceses o Medellín llaman su atención. Las dos ciudades episcopales de Coria y Plasencia. En esta última observa las siete iglesias, los tres monasterios, los cuatro conventos, pero añade que sólo merece destacarse el viejo acueducto de 80 arcos.

De todo lo dicho anteriormente se desprende, como dice el autor de *Letters from Barbary, France, Spain and Portugal*, que

Aquellos que quieran conocer España y a los españoles, deben en primer lugar residir entre ellos, aprender su lengua; después viajar por el país y parar en algunos lugares destacados. Se requerirán muchas fatigas para conocerlo bien, y muchas molestias pero eso sucede con los mejores países.